

# EL PRIVADO DE SU ALTEZA

## SUCEDIDO HISTORICO

CUANDO la docta y severa CLIO, respetable matrona de las concepciones históricas, dulcifica su grave ceño, se descalza el alto coturno y se despoja de sus clásicas vestiduras, para sonreír con la amena tradición, encantar con la poética leyenda y cautivar con el sencillo sucedido, nos hace penetrar más en la verdad de los acontecimientos y conocer más la humanidad de los actores, que cuando narra en austeras páginas la política convencional de los gobernantes, los ideales fingidos de los caudillos y los embaucamientos de los que se titulan apóstoles, todo con retóricas oropelescas y aparente imparcialidad.

A mí me gusta el trato íntimo con esta "señora de mis pensamientos," cuando lejos del engañoso mundo cortesano se aparta de sus cumplimientos a héroes aparatosos, a Jolos de arcilla, a dioses mitológicos; cuando no se empeña en llevarnos al campo siempre igual de las batallas, en que las pasiones engendran fieras; me complazco en estar cerca de ella, *tele a tele*, oyendo de sus labios crónicas inéditas, que me den a conocer a los hombres como fueron, con sus propias carnes y sus propios huesos, con todos sus defectos humanos y sus virtudes propias; no lapidados con los rencores de las sectas o de los partidos, ni ungidos con el óleo de los fanatismos religiosos o políticos.

Pero basta de prólogo, vamos al sucedido histórico.

En los buenos tiempos de Su Alteza Serenísima, el Excelentísimo Señor General de División don Antonio López de Santa-Anna, Dictador absoluto, único autor de leyes, Caballero de la Real y distinguida Orden Española de Carlos III y Gran Maestre de la Nacional de Guadalupe, las antesalas en el Palacio de Gobierno de la ciudad de México, los días de audiencias, veíanse sumamente concurridas por toda clase de personas, de todas posiciones y categorías: hombres y mujeres, civiles y militares, frailes y clérigos, mayordomos de monjas y usureros, empleados y cesantes... Un mundo de individuos que iba allí con algún asunto de interés personal o de comunidad... Una cauda de aduladores palaciegos, que después de pedir algo salían haciéndose lenguas en alabanzas, si lograban sus deseos; o vomitando injurias y vituperios, como de "maldito cojo," "soldadón," "Proteo político," y otros calificativos no menos expresivos, si eran calabrados.

Cierta tarde calurosa del mes de junio, en una de aquellas célebres audiencias, aquellas antesalas bastante espaciosas estaban como nunca plétóricas de gente; tanta, que no siendo ya suficientes los asientos, muchos se salían a tomar el fresco a los corredores o fumaban reclinados en los barandales de los balcones que caían al patio llamado de Ho-

nor..... por los honores que desde inmemoriales tiempos allí se han tributado a los jefes de Estado.... ¡No vayan ustedes a creer que por otra cosa.....!

¡Qué numerosa y selecta concurrencia —como diría un revisero de teatros o un cronista de la semana— la concurrencia que había acudido aquella tarde!

Pocas veces se habían reunido en aquellas ante-

pronunciara la patriótica tropa que tan abnegadamente había derramado su sangre en los campos de batalla; tantos empleados o cesantes que no alcanzaron ni un centavo en las proratas de cantidades con trabajo reunidas para el pago de quincenas atrasadas; individuos que por lo sutil de sus cataduras, los rostros macilentos y el lustre de sacos y levitas, pregonaban la miseria; tantas viudas o huérfanos pensionistas, de bocas desmoladas y desteñidos tunicos y tápalos, aunque orgullosas de haber tenido un esposo mártir de la independencia, o un padre héroe en el asalto del Carbón o en la acción de las Carreras; tantos honrosos mutilados, cojos, mancos, sordos, tuer-tos; unos con muletas, otros con bastones; estos, como Su Alteza Serenísima, con *patas de palo*; aquellos con vendajes en las orejas o en los ojos; estos otros, con mascaradas o lienzos en que apoyaban sus quebrados brazos o sus muñones todavía sangrantes..... En pocas palabras, toda la corte de afortunados o de víctimas de las guerras civiles; de tantas revoluciones que desde el *Plan de Casa Mata*, hasta el *Plan del Hospicio* habían hecho subir y bajar a don Antonio López de Santa Anna, por proclamar la República, después de haber reconocido servilmente al Imperio de Iturbide; por sostener el centralismo, en seguida de encubrirse con la careta de la federación; por defender la integridad nacional contra los franceses en Veracruz, para perder a la postre la *mitad más grande de territorio*, que decía un viejo veterano; por abandonar a su querida patria y comer el amargo pan del ostracismo, para regresar trocando la Constitución por la dictadura, con facultades *tan discrecionales* como la de poder nombrar sucesor en caso de que fuese necesario, y usar modestamente los títulos de Benemérito de la Patria y de Alteza Serenísima....

Las antesalas del Palacio, aquella tarde memorable, semejaban un horno por el calor que producía la aglomeración de tantos excelentísimos, de tantos beneméritos, de tantos ilustrísimos, de tantas paternidades y reverencias, y de tantos desgraciadísimos señores como allí había....

Como ya se dijo, unos fumaban y otros se dormían. Unos hablaban en voz alta y otros casi en secreto. Alegres, los que tenían la seguridad de ser recibidos; meditabundos; los que la tenían de no serlo, pero que concurrían siempre a las audiencias, pensando, pensando, que quizá aquella tarde serían llamados; y sobre todo, que si la tarde en que lo fueran, no se hallaban presentes, perderían el turno.....

¡Cosa extraña! Aquella tarde, Su Alteza Serenísima no había recibido a nadie. Y que estaba allí, no había duda. Los ayudantes lo aseguraron



salas tantos generales de división y de brigada; tantos coroneles y tenientes coroneles, llenos de galones y entorchados y cuajados sus pechos de toda clase de condecoraciones, cintas, cruces y medallas; tantos obispos venerables, con sus vestimentas moradas, pectorales de pedrerías deslumbradoras y acompañamiento de familiares con sus capas y sotanas de finísima seda; tantos clérigos y clériguillos, curas o canónigos que iban a dormir allí el sueño de ambicionadas prebendas o de imposibles mitras; tantos frailes con hábitos de variados colores y de distintas órdenes monásticas; tantos agiotistas, que con los frecuentes préstamos al gobierno habían enriquecido a tal grado, que formaban ya la aristocracia del dinero, pues se daba el caso que algunos, por veinte mil pesos recibieran doscientos mil, a cambio del oportuno auxilio hecho al Erario Nacional, cuando se abrigaban temores de que se